



Olivar, vol. 24, núm. 38, e149, mayo-octubre 2024. ISSN 1852-4478

Universidad Nacional de La Plata

Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación

Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria

El deseo cumplido de Christine de Pizan: una genealogía de mujeres escritoras medievales con manos, imagen y voz propias

The Fulfilled Wish of Christine de Pizan: a Genealogy of Medieval Women Scribes with Their Own Hands, Self Representation Image and Voice

 **Gladys Lizabe**

lizabegladys@gmail.com

Centro Interdisciplinario de Estudios de las Mujeres -
Red Internacional Multidisciplinar en Estudios de
género - Universidad Nacional de Cuyo, Argentina

Recepción: 20 Mayo 2023

Aprobación: 14 Diciembre 2023

Publicación: 01 Mayo 2024

Cita sugerida: Lizabe, G. (2024). El deseo cumplido de Christine de Pizan: una genealogía de mujeres escritoras medievales con manos, imagen y voz propias. *Olivar*, 24(38), e149. <https://doi.org/10.24215/18524478e149>

Resumen: Las escritoras medievales monásticas integran una genealogía de mujeres dedicadas al arte de producir libros, oficio y arte mediante los cuales ocuparon un lugar de reconocimiento social y de privilegio en la historia cultural, social y de género de su época. Sin embargo, con el correr del tiempo la Historia de la cultura las invisibilizó y construyó un discurso de la autoridad científica androcéntrica basado en los aportes masculinos. En este marco, la presente investigación revisita la empresa científica desde el *scriptorium* medieval a la luz de las mujeres que lo habitaban para demostrar que ellas desarrollaron y ocupan un lugar central en la historia de la labor científica.

Palabras clave: Mujeres escritoras medievales, *Ora et labora*, *Scriptorium*, Labor científico-editorial.

Abstract: Monastic medieval scribes are part of a genealogy of women dedicated to the art of producing books, crafts and art through which they occupied a place of social recognition and privilege in the cultural, social and gender history of their time. However, over time, the History of culture made them invisible and built a discourse of androcentric scientific authority based on male contributions. In this framework, the present investigation revisits the scientific enterprise from the medieval scriptorium in the light of the women who inhabited it to demonstrate that they developed and occupy a central place in the history of scientific work.

Keywords: Medieval Women Scribes, *Ora et labora*, *Scriptorium*, Scientific-editorial Work.



INTRODUCCIÓN

Cuando, en 1405, Christine de Pizan (Venecia, ca. 1364 - Monasterio de Poissy -Francia-, ca. 1430) dio a luz *La ciudad de las damas*, las mujeres encontraron un sustento ideológico y de género para querellar a las sociedades y culturas que, durante siglos, las habían colocado en un lugar de inferioridad junto con ancianos y niños al considerarlas *minus potentes*, seres cuya naturaleza fría impactaba en el cuerpo, en el cerebro y en la capacidad intelectual que resultaba ser menor que la de los varones.

A la luz del medioevo, la creencia en las carencias físicas y mentales femeninas impactaron en su subjetividad, en sus formas de ser y hacer, en sus derechos, en sus libertades y decisiones, y así muchas féminas se vieron acusadas, denigradas y recluidas en ámbitos domésticos para ser educadas como los “ángeles de la casa” y cumplir una vocación considerada natural, la maternidad, mientras que otras cumplieron su rol femenino en monasterios y conventos. Y fueron tantas acusaciones y vituperios al “sexo débil” y la propia observación de sí misma en su “carácter y conducta” femeninas los que hartaron a Christine –como ella misma afirma– y la llevaron a dialogar imaginariamente con Justicia, Rectitud y Derechura –tres personajes alegóricos– a quienes confesó sus sentimientos de enojo y frustración “ante los puros disparates y verdaderas antologías de mentiras” que “tantos hombres preclaros” habían creado sobre las mujeres a través de siglos. Estos libros llenos de “estupideces y patentes mentiras le hicieron desear haber nacido varón, y poseedora de ¡esa gran perfección que dicen tener los hombres!...” (*La ciudad de las damas*, 1982, pp. 3-5). Así, “afligida por la tristeza y llegando en su locura a sentirse desesperada”, con “desprecio de sí misma y de todo el sexo femenino, como si Naturaleza hubiera engendrado monstruos”, estas tres figuras femeninas la salvaron y guiaron para construir una ciudad ideal llamada *La ciudad de las damas*. En ésta, la educación era uno de los dispositivos para la equidad de género, ya que por siglos la costumbre había regido la incorporación de los varones al mundo del conocimiento con la respectiva expulsión de las niñas, que quedaban fuera de las ciencias y de aquellas “sutilezas” propias del mundo del saber.¹

Sin embargo, Christine sabía por propia experiencia y vínculos cortesanos que existía un lugar en el que las mujeres medievales tenían acceso a la cultura, a las bibliotecas, al estudio, a la lectura, a la escritura; estos eran los monasterios y conventos femeninos que pululaban en el espacio monástico medieval. Allí, las mujeres pertenecientes a las casas religiosas, fueran monjas profesas o mujeres piadosas que se incorporaban voluntariamente al cenobio femenino, se dedicaban a distintas tareas y labores; una de ellas se realizaba en las bibliotecas y *scriptoria* en los que producían cultura a través de la copia, iluminación y decorado de los manuscritos que les encargaban, cultura que comunicaban mediante distintas estrategias, canales y formatos y que divulgaban entre gente docta y gente menuda.

En este marco, la presente investigación realiza una cala en el universo de las escribas medievales que visibiliza una genealogía de mujeres con un oficio y arte mediante los cuales ocuparon un lugar de reconocimiento social y de privilegio en la historia cultural, social y de género de su época. La presunción de que los varones fueron los productores exclusivos de manuscritos en la Edad Media las ha excluido sistemáticamente de la historia del libro y de la cultura del manuscrito cuando las pruebas demuestran que su existencia está fuertemente ligada al

universo femenino. Nuestra mirada académica es frecuentemente androcéntrica y es desde la revisión de ese lugar de enunciación que planteamos el presente diálogo hacia una orilla en cuyo horizonte figuran las escribas que, mayormente invisibilizadas y/o silenciadas, cumplen el deseo anhelado de Christine de Pizan: la existencia de una genealogía de mujeres medievales con imagen, manos y voz propias.

LAS ESCRIBAS MEDIEVALES EN CONTEXTO: *ORA ET LABORA*

Como la Historia de las mujeres, de género y feminismos ha demostrado, las mujeres medievales tuvieron diversos ámbitos de acción y desempeños: uno e íntimo fue la casa y sus muros privados; otro fueron los caminos que recorrían para vender sus productos en los mercados y con cuyas ganancias se imaginaban ricas y poderosas como cualquier mujer burguesa –caso de doña Truhana del *Conde Lucanor*– o los que recorrían para acompañar a los ejércitos, como la famosa juglaresa María Balteira, de la época de Alfonso X, el Sabio, que no solo iba de intérprete musical y danzarina sino también de acompañante con sus favores sexuales –como le atribuyen ciertas cantigas de escarnio y maldecir–, u otros itinerarios que las llevaban a lejanos reinos en viaje prenupcial como Beatriz de Suabia, quien llegó desde Alemania a la corte castellana para casarse con Fernando III –padre de Alfonso X, el Sabio–, o el viaje de Beatriz de Saboya, que desde el territorio feudal de la casa homónima llegó también a Castilla para ser la esposa de don Manuel, padre de don Juan Manuel. Caminos, cortes, ciudades y aldeas también las vieron trasladarse de una a otra localidad, como sucedía con las reinas y/o concubinas, que acompañaban las cortes itinerantes de sus esposos y/o hijos y/o amantes; hasta los mares surcaron, como la pecadora Santa María Egipcíaca en su itinerario sexual a Tierra Santa antes de su arrepentimiento y de convertirse en asceta y eremita arrepentida que buscó purgar sus pecados en el desierto.²

Este mundo femenino activo, dinámico y en tensión también encontró un nicho de acción en un ámbito medieval que presuponemos “naturalmente” varonil y del que hoy proponemos “sacarnos las telas de los ojos” –como afirmaba la vieja Celestina– para cederles la voz y la pluma –literalmente hablando– a las escribas monásticas medievales que la tuvieron y desarrollaron en sus casas religiosas.

Eva Schlotheuber ha estudiado la vida de las mujeres en conventos medievales del Sacro Imperio Romano germánico de la Baja edad media y distingue al menos tres ámbitos en que se desarrollaba: uno dedicado a la oración y a la contemplación para lograr una formación erudita vinculada con

saber leer, escribir y tener al menos conocimientos pasivos de latín; otro se relacionaba con “destrezas prácticas” tales como iluminar manuscritos, producir colores y copiar libros, pero también hacer labores textiles, teñir y tejer alfombras; el tercero, con frecuencia soslayado en el estudio de la vida de estas comunidades femeninas, se vincula con la experiencia para gobernar el monasterio y dirigir su poderosa economía. (2014, pp. 314-315)

Para nuestro propósito, interesan aquellas tareas que algunas realizaban y contribuyeron a la producción religiosa, política, literaria y científica; estas féminas se especializaron en el arte de la

caligrafía y de escribir al dictado, en el copiado de textos, en la iluminación y en el miniado de obras de espiritualidad, guías turísticas, narrativa breve y extensa y otros tantos géneros y temas que culturalmente atribuimos a los varones.

Esta magna producción se efectuaba en conventos femeninos y en los denominados monasterios duales apoyados por la rica aristocracia y las familias reales más poderosas. En ellos, monjes y mujeres de la misma orden religiosa –fueran monjas consagradas o canonesas que habían hecho voto de obediencia y podían dejar la vida religiosa y casarse, caso este último de Rosvita de Gandersheim–, estaban bajo la dirección del mismo Superior; mediante estos vínculos, las escribas habían aprendido el oficio y arte de la escritura para producir manuscritos que certificaban sus conocimientos de lectura, composición, caligrafía y el estudio de las Sagradas escrituras (Beach, 2004, pp. 4 y 19). Por fuentes cristianas primitivas, se sabe que Orígenes disponía de “mujeres entrenadas en el arte de la caligrafía” y que Melania la joven (Roma, ca. 383 - Jerusalén, 439), gran viajera de su época, escribía manuscritos en griego que luego regalaba a los monjes (Haines-Heitzen, 2012, pp. 30-31).

Estas profesionales del arte de la edición integraban un circuito productor editorial que podía iniciarse en el cenobio masculino, continuar en el femenino y regresar al primero, o a la inversa: del monasterio femenino, el producto textual iba al masculino, *auctoritas* tradicional y poseedor de la *expertice* por excelencia, para ser corregido y de vuelta al *scriptorium* de las escribas (Beach, 2004, p. 13). Por ello, puede hablarse de un intenso intercambio artesano, científico e intelectual entre monjes y escribas de monasterios duales gracias a la producción de manuscritos.³

Ésta implicaba una responsable o *Magister* que recepcionaba la solicitud y el encargo, y tomaba decisiones para gestionar la distribución de tareas y su cumplimiento en tiempo y forma. Como responsable del equipo, seleccionaba el staff y distribuía funciones entre las escribas, quienes armaban materialmente el códice con sus folios. A continuación, se planificaba el diseño que exigía la selección del tipo de letra, la cantidad de columnas –dos o tres–, el número, formato y disposición de las iluminaciones en el folio y las rúbricas o miniaturas de color rojo ocre, tarea esta última relacionada con el vocablo *miniar*, que procedía del latín *minium*, color rojo anaranjado o bermellón empleado para realizarlas (Nichols, 2008).⁴

Quien copiaba, lo hacía con cautela y diligencia, ya que el error era en extremo difícil de borrar y/o eliminar; mientras tanto, otra amanuense iba completando la iluminación y la rúbrica, colocando, de ser el caso, la necesidad y/ o el atrevimiento, algún detalle personal. Así, llegaba el momento de unir los folios y colocar las tapas, detalle con el que nacía el códice medieval, objeto de elegancia y prestigio.

Las escribas medievales aprendían su oficio desde la experiencia y el estudio; para ello, se apoyaban no solo en sus prácticas directas sino también en manuales como el conocido *De arte illuminandi* del siglo XIV, compuesto en Italia con más de treinta capítulos y recetas para dar brillo y luminosidad al pergamino, para fijar sus colores, y para aconsejar sobre la producción y elaboración de miniaturas. Además, las amanuenses debían poseer conocimientos de gramática, retórica, oratoria, y ser muy buenas lectoras de textos sagrados y hagiografías, de autores paganos como Horacio, Cicerón, Ovidio, Terencio –entre otros–, de crónicas historiográficas, de textos científicos de medicina, de Filosofía, de jurisprudencia –de todo aquello que se consideraba

“ciencia” en el periodo medieval– (Calkins, 1978). Dicho conocimiento enciclopédico y lingüístico era condición esencial para el diseño y copia del manuscrito (Beach, 2004, pp. 10 y ss.).

El desempeño laboral como escriba poseía requisitos personales: la edad era uno de ellos, ya que se necesitaban buenos ojos y precisión para dibujar letra, iluminaciones y miniaturas; otros eran externos: la escuela de formación, los recursos para la elaboración del manuscrito, el espacio y las facilidades con las que contaban para la copia, especialmente grandes ventanales o lucernarios que permitieran el paso de la luz para la labor diaria y el descanso visual, datos que ofrece la vida de Beatriz de Saboya, madre de don Juan Manuel, que desde los tres a los dieciocho años vivió en el Monasterio de Le Beton, conocido por la copia femenina de manuscritos (Lizabe, 2018, pp. 285-292). Según los estudios de Melville Glover, el monasterio contaba con “une salle particulière destinée à la transcription des manuscrits; on la nommait scriptorium, et, luxe inouï pour cette époque, elle possédait des larges verrières”;⁵ esta labor era obligatoria para las monjas que, durante la cuaresma, copiaban obras paganas para transmitir las a generaciones posteriores (1858, p. 326). Por tanto, la copia de manuscritos en la Casa de Saboya tejió una red de cultura y de hábitos de producción, recepción y circulación de conocimientos y saberes entre los miembros femeninos de sus comunidades religiosas que no solo copiaban a los clásicos como Platón, Aristóteles y Virgilio, sino que aprendían un oficio redituable para la economía y finanzas del monasterio (Lizabe, 2018, p. 290).

Por otra parte, el manuscrito en manos femeninas era un producto cultural único, original y excepcional en el sentido de ser exclusivo y no haber sido elaborado en cadena; el manuscrito implicaba la “unicidad” del objeto cultural frente a la “multiplicidad” editorial actual en tanto “tirada” o número de ejemplares impresos de un mismo libro. Todo ello da una idea de lo que su producción significaba a nivel de condiciones personales, laborales, económicas, de marketing, de tradiciones según la pertenencia a un determinado convento o a otro, que en definitiva hablaba también del status y prestigio que se les otorgaba a las escribas y a sus Monasterios.

Así, los *scriptoria* medievales femeninos abren ventanas a mundos insospechados en los que las escribas realizaban multiplicidad de acciones: distribuían y ejecutaban tareas y funciones según cronograma, con un organigrama complejo y una estructura organizacional colaborativa que gestionaban, organizaban, planificaban y controlaban en sus recursos y en su personal para alcanzar eficientemente la producción del manuscrito, coincidiendo con la manera actual de gestión editorial “inteligente”. Las escribas medievales fueron, por tanto, un factor clave para el desarrollo y edición del objeto libro y para su consolidación como producto cultural desde el espacio físico del *scriptorium*. Éste, cercano a la biblioteca o en ella, se hallaba generalmente contiguo a la cocina porque allí radicaba el calor y los eventuales hornos, y era la zona calefaccionada del convento. Estaba protegido del posible rigor invernal cuya cercanía con la cocina atenuaba las muchas horas de frío e inmovilidad que demandaban las tareas atinentes a la labor editorial.

Como los estudios de José Manuel Ruiz Asencio han demostrado, en esa área tangible, observable y vivida profesionalmente por escribas varones y escribas mujeres, el número de profesionales oscilaba entre dos o tres y once o doce (2000, p. 156). Allí se desarrollaban prácticas editoriales que les eran propias y exclusivas: desde aquel famoso *scriptorium* que fundó Casiodoro en el siglo VI en el Monasterio de Vivarium⁶ para copiar, conservar y divulgar textos de la cultura

grecolatina, clásica pagana y cristiana hasta los siglos XI y principios del XII, el *scriptorium* fue el *alma mater* y centro neurálgico cultural de los claustros monacales masculinos y femeninos o duales; en ellos, se participaba activamente de un espacio científico, piadoso y también artesanal e intelectual para la confección y cultura del libro enciclopédico y cristiano, de su producción, de su lectura, y de la divulgación de la fe (Lizabe, 2018, pp. 289-292; Haines-Heitzen, 2012, p. 24).

Por otra parte, el *scriptorium* fue también el centro administrativo de casas nobles y cortes reales que involucraba a escribanos, quienes administraban y registraban riquezas, propiedades y bienes de sus señores, así como sus negocios, cesiones, acuerdos, pactos, obligaciones y derechos propios y de sus súbditos. Dichos *scriptoria* señoriales poseían amanuenses cuyos nombres se conocen porque los documentos notariales los incluían, y se dedicaban a la redacción y copia de textos propios de la administración notarial.⁷ Si reyes y grandes señores eran letrados y cultos como Alfonso X, el Sabio, y su sobrino don Juan Manuel, los amanuenses extendían sus servicios al copiado de obras enciclopédicas y de entretenimiento.⁸ En el caso de este último, su epistolario revela el nombre de varios de sus escribas, como Martín Sánchez y García Martínez (Giménez Soler, 1932, cartas CCCCXXI, p. 533 y CCCCXXVI, p. 537), pero no figura el nombre de ninguna mujer escriba. De todas formas, se podría conjeturar que los huecos para las iluminaciones que contienen algunos de sus manuscritos podrían haber sido planeados para que las iluminadoras pertenecientes a los monasterios que el magnate castellano apoyaba o con los que tenía contacto, los completaran. Notarios, secretarios y asistentes compartían y competían en el espacio físico, laboral, académico y de poder de esa célula cortesana y productiva del *scriptorium* aristocrático que también poseían los monasterios femeninos a cargo de expertas escribas.

Los *scriptoria* femeninos de las casas de fe seguían hábitos ya instalados por Carlomagno y sus descendientes en la biblioteca imperial que reunía decenas de volúmenes y hacía un culto del manuscrito (Beach, 2004, p. 21). A su vez, los manuscritos medievales anclaban su historia en las denominadas “bibliotecas de conquista” formadas a partir del saqueo de las bibliotecas privadas de aristócratas y coleccionistas durante la antigüedad; en Roma, las bibliotecas eran un preciado bien personal y, como ha estudiado Guglielmo Cavallo, existían en las *villas*⁹ junto con “salas de recreo, pinacotecas, jardines” y estaban relacionadas con el *otium* de las clases acomodadas (1998, pp. 100-101). El volumen literario de la época imperial denominado *novus liber* se producía en papiro virgen de primera calidad “con paginación, formas gráficas cuidadas y elegantes, (...) uso de iniciales corregidas para el nombre del autor y el título de la obra al final de cada unidad librera, y por último, uso de palillos para envolver el volumen” (Cavallo, 1998, p. 103).

La historia de la lectura y de los libros en época imperial remite también a sus productores, escribas generalmente esclavos que practicaban distintas caligrafías: lapidaria, cursiva, semicursiva y que escribían los textos al dictado o los copiaban en las tablillas enceradas. Por su labor, se les pagaba generalmente por línea de 15 sílabas; este conteo total de líneas figuraba al final del volumen y se denominaba *esticometría*. Por otra parte, existían las *libreias* o tiendas de libros – *tabernae librarie*– generalmente a cargo de los libertos. El manuscrito significaba versatilidad, portabilidad y preservación, y su lugar de privilegio para las elites se instaló en la Edad media monacal con un amplio espectro de colaboradores entre los que sobresalían las escribas (Haines-Heitzen, 2012, s/p).

De los *scriptoria* masculinos medievales más renombrados sobresale el del Monasterio de Monte Cassino, el mayor centro de producción editorial del Sur de Italia en la Alta Edad media con proyección internacional y con las más avanzadas técnicas de escritura de su época; alcanzó su esplendor durante el gobierno del abate Desiderio (siglo XI) (Newton, 1999, pp. 8-13). La *Chronica Monasterii Casinensis* alude a su poderío económico y político gracias a la producción textual y señala unas prácticas de escritura modélicas para un *scriptorium*, extrapolables en su medida y generalidades al mundo de las escribas: en dicho ámbito, se seleccionaban materiales, entre ellos el tipo de pergamino o papel que, de costosa fabricación, se dividía en folios; éste es el caso de la famosa Biblia románica de San Isidoro de León de 1162 que requirió 154 pieles de vacuno convertidas en pergamino y traídas de Francia; a ello se unían las plumas de aves preferentemente anátidas, tintas, maderas, y colores; además, se decidía el diseño y el tipo de títulos, las dedicatorias, el espaciado, las ligaduras –unión de dos o más grafemas– el uso de las abreviaturas, desde el apóstrofo –*coma alta* para indicar la elisión de una letra y la supresión directa de consonantes y vocales, a la ortografía, el uso de términos extranjeros, errores y corrección, la incorporación de glosas y *marginalia*, la decoración –con rúbricas, mayúsculas iluminadas o no, ilustraciones–, tipos de encuadernación, que podían ser de madera con piedras preciosas, y modos de preservación; hasta podían llegar a tener un *taller de pergamino* (Beach, 2004, p. 6, nota 17; Newton, 1999, pp. 119-232; Ruiz Asencio, 2000, p. 156).¹⁰

Esta multiplicidad de roles y tareas de las escribas medievales definían *laborare in monasterio*, expresión de la época fundacional del monasterio casianense, que podemos vincular con una nueva forma de concebir el trabajo: Jesús Solórzano Telechea afirma que con el surgimiento de las ciudades en los siglos XI y XII y desde los monasterios, nacieron nuevas necesidades comunitarias y productivas; dicho “cambio de mentalidad” impactó en nuevas formas de entender el trabajo que “se especializó” y facilitó la incorporación femenina al mundo laboral (2018, pp. 15-21).

En el marco de la especialización y de las mujeres directoras y hacedoras del objeto cultural manuscrito y libro, los *scriptoria* femeninos se constituyeron también en centros económicos y políticos que disputaban a los varones los beneficios que conllevaba producir cultura. Las escribas comprendieron las implicancias de la categoría “trabajo” y en el armado, composición, escritura, copiado e iluminación de los manuscritos reescribieron la propia historia y la de la producción cultural femenina que no quedó relegada en los márgenes de la creación medieval sino que, por el contrario, se situó en el centro de la producción de conocimientos con manos y voz propias.

De los *scriptoria* de monasterios femeninos, los de Alemania fueron importantísimos por el número y la calidad de sus producciones, sobre todo en el siglo VIII, en el que cuarenta y cuatro monasterios poseían centros productores de libros. Ya desde el siglo XI al XV, se produjeron miles de manuscritos de los cuales en la actualidad se cuenta con cuatro mil producidos en al menos cuarenta y ocho *scriptoria* femeninos activos en estos siglos. Su producción fue una maniobra política y pastoral de la Iglesia sobre todo en las zonas de fronteras en las que no solo se fundaron multiplicidad de monasterios masculinos sino femeninos dedicados a propagar y afianzar la fe cristiana sino a hacerlo mediante la producción editorial (Beach, 2004, p. 14).

Entre estas escribas sobresale Claricia –posiblemente estudiante o asistente noble y no monja por la ropa que viste en su autorretrato– que desarrollaba su tarea de iluminadora de los Salmos en uno de los conventos benedictinos en Ausburgo; hacia 1200 se autorretrató plácidamente colgada

y sosteniendo la inicial Q (fig. 1), incursionando en el espacio lúdico del folio del que se apoderó como *auctoritas* y dueña del saber y de una ocupación apropiada para una dama que poseía una nueva concepción del trabajo, aquella que podemos reformular como *laborare 'dominae' in monasterio* (Ross, 2003, p. 141).



Fig. 1

Claricia de Ausburgo (Iluminadora, finales del siglo XII)

https://es.wikipedia.org/wiki/Claricia#cite_note-2up

Baviera fue otra región europea con innumerables casas religiosas femeninas cuyas escribas elaboraron libros; es el caso de la monja Irmergart, quien escribió su nombre en una cruz ubicada en el colofón de un manuscrito (fig. 2): “Iste liber (...) quem scripsit soror Irmergart - Este libro (...) que escribió la monja Irmergat”; Monasterio de San Dionisio, Schäftlarn) (Beach, 2004, p.3). Los manuscritos, aunque podían llevar estos nombres propios, no se firmaban porque existía el sentido de la *humilitas* monástica: copiar un manuscrito se consideraba una labor piadosa.

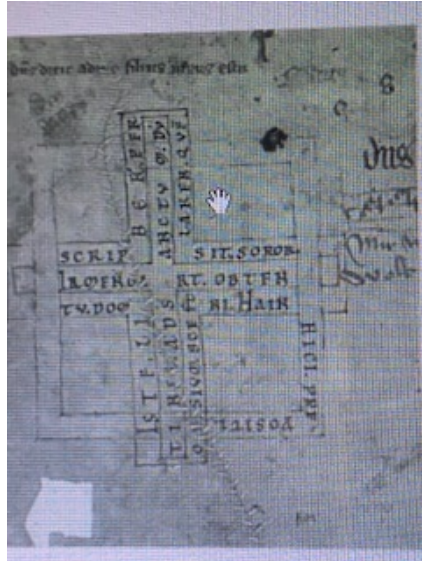


Fig. 2

Irmergart de Schäftlarn (Múnich, Baviera). Foto de Alison Beach (2004, p. 3)

https://books.google.com.ar/books?id=5ZCxIsiLhC0C&printsec=frontcover&source=gb_s_ummmary_r&cad=0#v=onepage&q&f=false

En el registro de escribas medievales alemanas también sobresale Lioba, monja anglosajona del siglo VIII, luego Santa, que intercambiaba cartas con San Bonifacio, y podía escribir prosa latina y poesía. Alrededor del 738 fue trasladada a Alemania a pedido del Santo y nombrada abadesa del monasterio de Bischofheim; incentivó a sus monjas a ser escribas y la mayoría se hizo famosa por sus conocimientos teológicos y llegaron a ser superiores de otros conventos (Beach, 2004, p. 13; Internet Medieval Sourcebook, 1996).

Otra escriba recientemente descubierta fue la que dijo de sí misma: “Ego soror Margareta” – “Yo, la hermana Margareta” – en el monasterio de Admont (sureste de Austria), en el que las monjas eran exégetas bíblicas, escritoras de cartas, predicadoras e iluminadoras (Warinner y Beach, 2020a, pp. 14-15; Beach, 2019). Hacia el final de un manuscrito con vidas de santos y dividido en tres columnas, aparece un sintagma excepcional con el que Margareta se auto-perpetuó escribiendo como en un espejo invertido, según se observa en última línea del siguiente manuscrito (fig. 3):

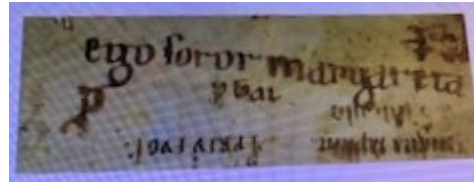
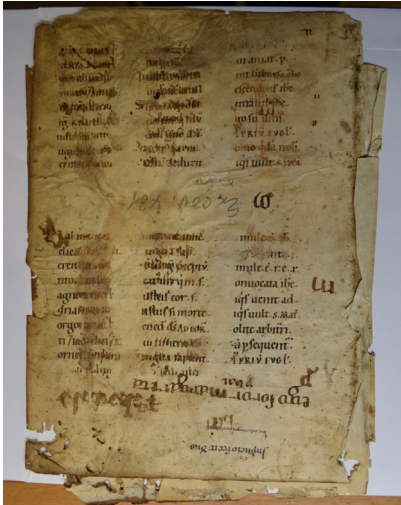


Fig. 3

Ego soror Margareta, en escritura invertida. Foto de Alison Beach (2020, p. 15)

<http://scriptrix.org/ego-soror-margareta/>

También es destacada la labor de la monja cisterciense Gisela de Kerssnbrock –muerta a principios de 1300–, quien registra su nombre en el ángulo superior izquierdo de su propio autorretrato, en una escena de la Resurrección y del Nacimiento del niño Jesús en un códice conocido como *códice Gisle –Gisela–* (fig. 4): es una joya de los manuscritos iluminados del gótico alemán que Gisela escribe, ilumina, anota, pagina y decora con letras doradas y presenta la música cantada de 1500 cantos gregorianos, con más de cincuenta iluminaciones de letras mayúsculas y doscientas minúsculas (Beach, 2020a y 2020b).



Fig. 4

Gisela de Kerssnbrock (Autorretrato, siglo XIII). Foto de Editorial Quaternio Verlag Luzern.

<https://quaternio.ch/en/facsimile-editions-manuscripts/the-golden-gradual-of-gisela-von-kerssnbrock/>

En el siglo XII y en Alemania también, destacan la escriba más prolífica de la época, Diemut de Wessobrunn (1060-1130), que copió cuarenta y cinco libros de los cuales solo catorce sobreviven (Ross, 2003, 141), y Guda de Weissfaun, que se definió como “Guda, peccatrix mulier scripsit et pinxit hunc librum” (“Guda, mujer pecadora escribió y pintó este libro”; mi traducción), se autorretrató y con su nombre se afirmó en un acto personal, exclusivo, de auto-atribución y posesión de autoridad científica, de esa *auctoritas* científica que la cultura ha atribuido a los varones y en “caso excepcional” a las escribas medievales.

Guda, Claricia –la colgada y sostenedora de la letra Q–, Cristine de Pizan y tantas otras que ahora la Historia de las mujeres y de género han recuperado, pertenecen a una genealogía femenina que querelló a la sociedad y se presentó como *auctoritas* de un oficio, arte y saberes que perpetuaron el mundo científico y cristiano de la Edad media... ¿Un acto de soberbia? Más bien un acto en favor de la equidad de género y de justicia artística hacia sí mismas y hacia esa red de mujeres cultas que, en los monasterios femeninos, se preocupaban y ocupaban de la producción de texto.

Otro caso interesante, aunque sin movilidad a otros lejanos reinos, es el de Edburga de Thanet (m. 759), abadesa de la familia real de Kent que dirigió la Abadía benedictina de Minster-in-Thamet, precedentemente a cargo de Santa Mildred, a quien San Bonifacio le solicitó una copia en oro de las cartas de San Pedro (Beach, 2004, p. 14); como era costoso realizarlas, el Santo envió el material según narra en una de sus cartas.

Las redes de espiritualidad y de oficio amanuense no solo se desarrollaban en Alemania e Inglaterra, sino que Francia también producía y “exportaba” manuscritos: este es el caso de Bertila, abadesa de Chelles (muerta *ca.* 700-705?), compositora ella misma que había enviado un conjunto de obras, algunas en oro, a las congregaciones femeninas recientemente establecidas en los reinos ingleses (Beach, 2004, p. 14). Su envío permite conjeturar que su abadía cercana a París poseía un activo “taller de copiado” que producía textos “a pedido”, desde el probable proceso de producción del pergamino con sus bosques cercanos, que gozaba de una logística integral de recepción, producción, envío y entrega del producto a sus solicitantes, generándose así una red de colaboración cultural y comercial entre escribas femeninas y quien encargaba bajo ciertas condiciones.

En la Península Ibérica también destacan mujeres escribas relacionadas con la iluminación de manuscritos; una de las documentadas más tempranamente es Ende –o En, quien a fines del siglo X en el Norte de España iluminó el famosísimo *Beato de Gerona* - comentarios al Apocalipsis (fig. 5)–, en el Monasterio de San Salvador de Tábara (provincia de Zamora). Se la considera la “primera artista registrada” de la Península Ibérica.¹¹



Fig. 5

Ende (siglo X, Gerona, España).

[https://es.wikipedia.org/wiki/Ende_\(iluminadora\)](https://es.wikipedia.org/wiki/Ende_(iluminadora))

Ahora bien, ¿qué beneficio/s aparejaba el traslado de mujeres escribas a nuevas geografías? ¿Por qué esta movilidad de profesionales femeninas conventuales que conocían los secretos del arte de la escritura? La política de la iglesia consistía en fortalecer la frontera del Sacro imperio románico-germánico y la movilidad monástica femenina aseguraba la existencia de centros piadosos y culturales, sociales, políticos, ideológicos, económicos, diplomáticos –hasta quizá de espionaje– a cargo de las “mujeres de frontera” que sostenían los más diversos vínculos en sus comunidades religiosas y con otras, fueran además de la aristocracia, nobleza y/o casas reales.

De una u otra forma, para ser escribas, se debía conocer y dominar el *trivium* y el *quadrivium*, que implicaba estar alfabetizadas en las “artes liberales” que libraban del pecado y conducían al camino de salvación y de la santidad; mientras más conocimientos poseían, mejor era, ya que el saber representaba uno de los caminos para la vida santa que se adquiría principalmente a través de los pensamientos, palabras y obras pías y mediante la lectura (Beach, 2004, p. 8).

Que las monjas se dedicaban a la producción científica y editorial está atestiguado por las referencias directas que ellas mismas dejaron en los colofones de los libros, en cartas a distintos destinatarios, en referencias indirectas de autores que comentaban la labor editorial femenina. Sin duda, el hallazgo de unas piezas dentales con pigmentos azules de lapislázuli pertenecientes a una monja identificada como “B78”, halladas en el cementerio del monasterio de Dalheim –al oeste de Alemania– (fig. 6 y 7) demuestra nuevamente la relación entre manuscrito, producción del conocimiento, producción editorial y escribas femeninas medievales (Radini et al., 2019; Curry, 2019). Las placas dentales presentan restos de lapislázuli porque éste se depositaba allí cuando las escribas pasaban el pincel por la boca para aguar el color y/o afinar el trazo; esta es una prueba irrefutable que demuestra que las escribas medievales inauguraron una “genealogía femenina de producción editorial” que entrama su profesión con la de aquellas congéneres que, en los talleres de la recién nacida imprenta de mediados o fines del siglo XV en los reinos hispánicos –dependiendo de la región o ciudad–, impactaron en las formas de entender, producir y divulgar el conocimiento. Unas y otras, fuera el *scriptorium* medieval monástico y/o la imprenta pre-

renacentista, imprimieron sus huellas en la materialidad física del objeto libro y en la producción del conocimiento.

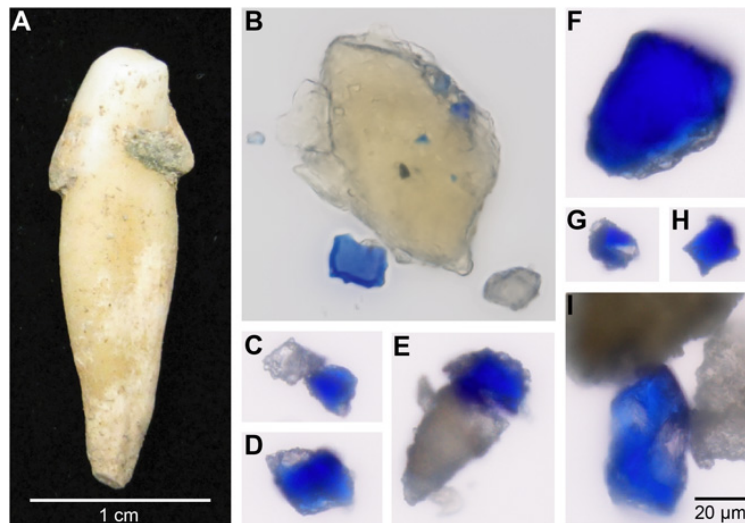


Fig. 6

Acumulación de sarro azul con depósito de lapislázuli en la pieza dental de la monja “B78”. Fotos Anita Radini et al. (2019).

<https://www.science.org/doi/10.1126/sciadv.aau7126>



Fig. 7

Partículas de lapislázuli en la placa dental de la monja “B78” de la Edad Media. Foto de Christina Warinner (2019).

<https://www.nationalgeographic.com/historia/2019/01/descubren-a-una-artista-medieval-a-partir-de-su-dentadura?gallery=49034&image=01-female-artist-medieval-times>

CONCLUSIONES

Quienes nos desempeñamos como docentes e investigadores en los claustros universitarios, no podemos negar que nuestra vida intelectual y la de nuestros estudiantes han sido construidas de manera sesgada, con la invisibilización general de desarrollos y aportes de las mujeres, en este caso medievales, a la empresa científica y a la historia de la cultura. Uno de esos ámbitos se relaciona con las escribas medievales que integraron una comunidad de mujeres cultas en contacto con los propios autores, o con destacadas personalidades de la iglesia y/o grandes señores que les encargaban los más diversos manuscritos y a quienes tenían como receptores de “sus” obras: en el espacio del *scriptorium*, algunas se ocupaban del pergamino, ya que conocían la tecnología para su producción, para embellecerlo y para hacerlo brillante y luminoso; otras sabían cómo cortarlo, trazaban las líneas para no “caerse del renglón”, los iluminaban con pigmentos que manejaban con destreza y conocimientos químicos, y/o elaboraban las miniaturas, y los encuadernaban hasta que al fin los entregaban luego de años de labor. Ese manuscrito les había llevado buena parte de la vida y probablemente de la salud y representaba un objeto cultural simple o suntuoso regido por un concepto de lo bueno, bello y útil cuyo capital simbólico provenía de la sabiduría infusa que Dios infundía en cada amanuense, copista, iluminadora y miniaturista femeninas.

Estas mujeres medievales, desde su concepción cristiana de belleza, produjeron objetos culturales por los que, durante más de un milenio, fluyeron el conocimiento, la fe, las creencias, los tabúes. Pero el siglo XIII cambió su historia cuando surgieron talleres de copistas en torno a las universidades que empezaron a competir mayormente por la producción de volúmenes y por el poder que daba el libro. Estos se ubicaron en zonas universitarias y su competencia se hizo cada vez más significativa: en ellos, las mujeres en condición de esposas, hijas, hermanas tuvieron papeles y ejercieron roles en los recientes talleres de copistas al ser sus encargadas, gestoras de políticas editoriales e iluministas.¹²

El monopolio que las escribas monásticas habían detentado por siglos del “libro custodiado”, se tensionó en el XIII cuando aparecieron féminas extramuros que conocían su arte y oficio como Ameline de Berton, Ameline de Maffliers, Erembourg, y Jeanne de Montbaston y su esposo (Docampo Capilla, 2019). El matrimonio vivió en París frente a la Catedral de Notre Dame y cuando en 1353 Richard murió de peste negra, Jeanne se hizo cargo del taller y fue incorporada como *illuminatrix libri jurata universitatis*, es decir, “iluminadora juramentada” por la Universidad de París (Docampo Capilla, 2019). Este juramento daba autoridad profesional a una mujer en un mundo laboral de expertos masculinos, colegiados en la producción secular del conocimiento. Esta pugna entre saberes construidos, sostenidos y legitimados por la Iglesia, producidos materialmente por escribas varones y femeninos monásticos, y aquellos otros seculares e independientes de ella, bien puede echar luz en al menos una de las razones por las cuales nuestra Christine de Pisan no hizo copiar e iluminar sus libros en los *scriptoria* monásticos femeninos que, por el tenor de sus quejas y temáticas *protofeministas*, no le habrían abierto sus puertas para que los publicase.

Christine intentó demostrar que ella misma podía oponerse con una nueva ciudad, una exclusivamente femenina, a esos tan “preclaros hombres” que a lo largo de la historia habían

menospreciado y denigrado a las féminas. Ahora ella, dueña de su propia voz, podía ponerla en papel y con tinta, y fijarla en la escritura de los talleres seculares donde Anastasia, su amiga y escriba laica, los perpetuó. De esta forma, Christine de Pizan pudo cumplir su tan deseado sueño de que las mujeres fuera del claustro, con un oficio y profesión, en el espacio público y sin dependencia económica de un varón, fueran tan buenas como las escribas monásticas medievales y/o los varones y que pudieran vivir de su oficio, saberes, negocios y experticias. Ahora las Anastasias de París existían, eran tan competentes como para pintar “bordes y miniaturas” –como Christine decía de su escriba y amiga (*La ciudad de las damas*, 1.41.2, p. 85)–; nadie podía superarlas demostrando que en ellas se cumplió “su deseo anhelado: mujeres preparadas” para superar “dificultades y sutilezas de todas las artes y ciencias” e integrar y sostener una genealogía de escribas monásticas y laicas con imagen, manos y voz propias.

Las palabras de Christine sobre la labor de Anastasia demuestran que las mujeres escribas medievales y pre-renacentistas ocupan un lugar de privilegio en la historia de la cultura, del arte (Beguiristain, 1993, p. 55-62) y del libro, y prueban la participación femenina en la empresa científica desde el *scriptorium* medieval: inserto en los claustros monásticos femeninos, éste unió el *ora al labora* en féminas poseedoras de un “saber hacer artesanal, científico e intelectual” que fueron conscientes de sus aportes a la ciencia de la edición, mujeres que dejaron escritos sus nombres, señalaron sus oficios específicos y hasta hicieron sus autorretratos y cuerpos volantes en los colofones y folios de los manuscritos. Todas ellas integran una genealogía de mujeres productoras y hacedoras del conocimiento y confirman la mirada sesgada con la que hemos construido la Historia de la ciencia, una historia científica que las invisibilizó y excluyó, historia, en fin, que desde la perspectiva de género invita a revisar nuestras creencias acerca del “discurso de la autoridad científica” que, gracias a las escribas medievales, fue también labor de mujeres.

REFERENCIAS

- Beach, A. (2004). *Women as Scribes: Book Production and Monastic Reform in Twelfth-Century Bavaria*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Beach, A. (febrero de 2019). Ego soror Margareta. *Scriptrix*. <http://scriptrix.org/ego-soror-margareta/>
- Beach, A. (10 de abril de 2020). Gisela of Kerzenbroeck's Virtual Easter Celebration. *Scriptrix*. <http://scriptrix.org/gisela-of-kerzenbroecks-virtual-easter-celebration/>
- Beach, A. (2020). *The Golden Gradual of Gisela of Kerssenbrock. The Splendour of German Gothic Book Illumination*. Suiza: Quaternio Editions Lucerne.
- Beguiristain Alcorta, M. T. (1993). Arte y mujer en la Edad Media. Asparkía. *Investigación Feminista*, 2, 55-62.
- Calkins, R. G. (1978). Stages of Execution: Procedures of Illumination as Reveled in an Unfinished Books of Hours. *Gesta*, 17(11).
- Carrizo Rueda, S. M. (2021). Voces y protagonismo de las viajeras medievales. *Revista Melibea*, 15(1), 20-42.
- Cavallo, G. (1998). Entre el *volumen* y el *codex*. La lectura en el mundo romano. En G. Cavallo y R. Chartier (Ed.), *Historia de la lectura en el mundo occidental* (pp. 95-133). Taurus.
- Cuppo Scaki, L. (2006). El monastero vivariense di Cassiodoro: ricognizione e ricerche, 1994-1999. En R. Harreither, P. Pergola, R. Pillinger y A. Pülz (Eds.), *Akten des XIV Internationalen Congresses für Christliche Archäologie* (Vol.1, pp. 301-315). Wien: Österreichische Akademie der Wissenschaften.

- Curry, A. (11 de enero de 2019). *Descubren a una artista medieval a partir de su dentadura*. National Geographic Latinoamérica. <https://www.nationalgeographic.com/historia/2019/01/descubren-a-una-artista-medieval-a-partir-de-su-dentadura>
- Docampo Capilla, J. (7 de marzo de 2019). Mujeres en el *scriptorium*: Jeanne de Montbaston y un Roman de la Rose en la BNE. *El Blog de la Biblioteca Nacional de España*. <https://blog.bne.es/blog/mujeres-en-el-scriptorium-jeanne-de-montbaston-y-un-roman-de-la-rose-en-la-bne/>
- Ende. En Wikipedia. [https://es.wikipedia.org/wiki/Ende_\(iluminadora\)](https://es.wikipedia.org/wiki/Ende_(iluminadora))
- Giménez Soler, A. (1932). *Don Juan Manuel. Biografía y estudio crítico*. Zaragoza: Tipografía La Académica.
- Glover, M. (1858). *L'Abbaye du Beton en Maurienne. Première partie*. Chambéry: Imprimerie de Puthod fils.
- Haines-Heitzen, K. (2012). *The Gendered Palimpsest: Women, Writing, and Representation in Early Christianity*. Oxford: Oxford University Press.
- Hidalgo Brinquis, M. del C. (2011). Técnicas medievales en la elaboración del libro: aportaciones hispanas a la fabricación del pergamino y del papel y a los sistemas de encuadernación. *Anuario de Estudios Medievales*, 41(2), 755-773.
- Lizabe, G. (2018). Beatriz de Saboya, madre de don Juan Manuel, y la educación femenina en los siglos XII-XIII. En M. E. Mirande, A. Siles y M. Quintana (Eds.), *Los nortes del hispanismo: territorios, itinerarios y encrucijadas* (pp. 283-294). Actas del XI Congreso Argentino de Hispanistas, Universidad Nacional de Jujuy, San Salvador de Jujuy.
- Micrositio de la Biblioteca Nacional de España. (s.f.). *Mujeres impresoras*. Biblioteca Nacional de España. <https://www.bne.es/es/Micrositios/Guias/MujeresImpresoras/Introduccion/>
- Newton, F. (1999). *The scriptorium and library at Monte Cassino, 1058-1105*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Nichols, S. G. (2008). Born Medieval: Mss. In the Digital Scriptorium. *JEP. The journal of electronic publishing*, 11(1).
- Pizan, C. de (1982). *The Book of the City of Ladies*. Translated by Earl Jeffrey Richards. Suffolk: The Chaucer Press.
- Radini, A. et al. (2019). Medieval women's early involvement in manuscript production suggested by lapis lazuli identification in dental calculus. *Sciences Advances*, 5(1).
- Ross, L. D. (2003). *Artists of the Middle Ages (Artists of an Era)*. Westport (Connecticut): Greenwood Press.
- Halsall, P. (1996). *Medieval Sourcebook: Rudolf of Fulda: Life of Leoba (c. 836)*. Fordham University Center for Medieval Studies. <https://sourcebooks.fordham.edu/basis/leoba.asp>
- Ruiz Asencio, J. M. (2000). Escritas y bibliotecas altomedievales hispanas. En J. I. de la Iglesia Duarte (Ed.), *La enseñanza en la Edad Media: X Semana de Estudios Medievales*, Nájera (pp. 151-174).
- Schlotheuber, E. (2014). Educación y formación, saber práctico y saber erudito en los monasterios femeninos en la Baja Edad Media. *Anuario de Estudios Medievales*, 44(1), 309-348.
- Solórzano Telechea, Jesús Á. (2018). Introducción. En J. Á. Solórzano Telechea y A. Sousa Melo (Eds.), *Trabajar en la ciudad medieval europea* (pp. 15-21). Logroño: Instituto de Estudios Riojanos.
- Villa. En *Treccani*. <https://www.treccani.it/vocabolario/villa/>
- Warinner, C. y Beach, A. (2020). Anonymous was a Woman: Illuminating the Writing and Art of Religious Women in the Middle Ages. En *In Situ, News and Events of the Harvard Standing Committee on Archeology* (pp. 11-18).

NOTAS

1 Este reclamo de Pizan duró quinientos años y fue una brecha de género insalvable que hasta entrado el siglo XIX y principios del XX impedía el acceso a la universidad a las mujeres. Muchas de estas mantuvieron luchas legales con las instituciones para acceder y se disfrazaban de hombre para incorporarse a las aulas masculinas de las carreras para ellos abiertas, y vedadas para las féminas.

2 Sofía Carrizo Rueda afirma: “cuando se interroga a los más variados textos de la Edad Media, pueden percibirse las voces de una multitud de viajeras que durante diez siglos, por lo menos, no dejaron de desplazarse a través de las regiones más diversas, por muy distintas razones. Así, ellas rezaron, cantaron, rigieron compañías militares,

predicaron, asumieron decisiones políticas, argumentaron en defensa de sus convicciones, negociaron en los mercados, recitaron historias, cuidaron a sus hijos y, también, llegaron a parirlos en los caminos” (2021, p. 40).

3 En la actualidad, las labores y equipo del *scriptorium* puede asociarse con lo que se denomina “área para la edición científica de textos” y con la existencia de carreras universitarias de Edición de textos cuyos contenidos se intuían y aprendían en los *scriptoria* medievales. *Nihil novum sub sole* (“Nada nuevo bajo el sol”).

4 Un sesgo genérico se descubre cuando los investigadores califican la letra femenina como “delicada, irregular, liviana y ligera” e invita a pensar en que existían estilos y modas seguidos por determinados monasterios según fueran masculinos o femeninos (Beach, 2004, p. 5). En este sentido, las mujeres escribas tenían distintos modos y ritmos de trabajo, y diversos niveles de capacidades, destrezas y talentos que cambiaban con el tiempo (Ídem, p. 7).

5 En la mencionada cita en francés que traduzco, Glover afirma que según el *Inventaire* de la Abadía de Le Beton, existía “una sala particular destinada a la transcripción de manuscritos; se llamaba *scriptorium*, y, lujo inaudito para la época, poseía grandes claraboyas”.

6 Casiodoro erigió dicho Monasterio en terrenos de su propiedad, frente al Mar Jónico, cerca de Catanzaro, provincia de Calabria, al sur de Italia (Cuppo Scaki, 206, pp. 301-315, en esp. pp. 313-315).

7 Estos incluían ordenanzas, cesiones, escrituras de compra-venta, contratos de casamientos y de concubinatos, testamentos, etc.

8 Las obras eran de jurisprudencia, medicina, historia, literatura, geografía, religión, ocio, y hasta podían traducir las que estaban en lenguas extranjeras a la lengua vernácula o “castellano drecho”, y hasta escribir al dictado los textos de distinto tenor que los grandes señores componían y/o dictaban.

9 En la época romana y hasta entrada la Edad media, *villa* era una casa en el campo normalmente elegante rodeada de parque o jardines, ubicada generalmente dentro de una finca rústica del mismo propietario, o en zonas valiosas por su paisaje, entorno y clima; propietarios y/o invitados permanecían allí en época estival o en periodos de vacaciones; véase la enciclopedia italiana *Treccani* on-line.

10 En la España medieval, los musulmanes descollaban en el arte de la fabricación de papel y ya en el siglo X, Sevilla, Granada, Toledo y sobre todo Córdoba se destacaban por su producción y venta; esta última incluso poseía el barrio denominado “de pergamineros”. Con el tiempo, Játiva fue una de las ciudades más reconocidas por la calidad de su papel. Los maestros musulmanes fueron, además, destacados encuadernadores, escribían sus conocimientos y experiencias en tratados, y conocían los secretos del curtido de pieles y la decoración, con técnicas originales que hicieron que también las encuadernaciones mozárabes y mudéjares que seguían sus métodos en pergamino o en piel flexible o rígida, fueran codiciados productos en el arte de la escritura (Hidalgo Brinquis, 2011, pp. 755-773, en esp. 759-765).

11 En 2008, la Asociación *Herstóricas Historia, Mujeres y Género* y el colectivo *Autoras de Cómic* idearon un proyecto para visibilizar mujeres destacadas por sus aportes a la Historia de la cultura. Una de las herramientas lúdicas fue crear un juego de cartas con sus imágenes; en una de ellas figura Ende: [https://es.wikipedia.org/wiki/Ende_\(iluminadora\)](https://es.wikipedia.org/wiki/Ende_(iluminadora))

12 La Biblioteca Nacional de España tiene una página dedicada a mujeres impresoras del siglo XVI al XIX y afirma: “Determinar el grado de implicación que tuvieron en los trabajos del taller no está exento de dificultad; los pocos datos con que han contado los investigadores, reducidos en muchas ocasiones a los pie de imprenta y a la transcripción de los inventarios, y la escasa consideración social de la que ha gozado la mujer en diferentes ámbitos, entre ellos el del mundo del libro, hacen difícil la tarea. Recientes estudios abundan en la idea de que la mujer no participó únicamente en los trabajos de gestión, sino que intervino activamente en la actividad tipográfica, perfeccionando los tipos, expandiendo el negocio familiar con gran éxito comercial y contribuyendo en diferentes grados a la difusión de las ideas y la cultura de su época”.